

CICLO C

TIEMPO ORDINARIO

XV DOMINGO

La vida eterna es la vida de Dios, la divinidad. Dios se hizo hombre, asume la naturaleza humana, para hacernos partícipes de su divinidad. El prefacio III de Navidad canta el maravillosos intercambio que nos salva: "al revestirse tu Hijo de nuestra frágil condición, no sólo confiere dignidad eterna a la naturaleza humana, sino que por esta unión admirable nos hace a nosotros eternos". Es el misterio de nuestra salvación. "¿Qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?", pregunta el letrado a Jesús (Evangelio). La segunda lectura da la respuesta: vivir con Cristo y como Cristo, por la fe y el amor, cumpliendo los mandamientos.

Jesucristo es el primogénito de entre los muertos (segunda lectura), porque es hombre verdadero. Pero también es el creador de todo, porque es Dios verdadero. En Él "habita la plenitud de la divinidad" (Col 2, 9). Él es la cabeza del cuerpo de la Iglesia (segunda lectura), sobre la que ejerce un influjo vital, santificador. Le da unidad. Jefe y cabeza de la Iglesia, Cristo la gobierna y la dirige, la hace crecer y es la fuente de su vida sobrenatural.

Para heredar la vida eterna, la vida de Dios, la divinidad, hemos de vivir unidos a nuestra cabeza por la fe y el amor. Y "en esto consiste el amor de Dios: en que guardamos sus mandamientos" (I Jn 5, 3). En el Evangelio de San Juan se pone de manifiesto la misma idea: "si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor". Y el mandamiento del Señor es que nos amemos unos a otros "como Él nos ha amado" (Jn 15, 10-12). Ésta será la señal por la que se reconocerá al discípulo de Cristo.

"Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas y con todo tu ser", en una comunión de corazón a corazón. Amarle con todo lo que somos y tenemos. El amor a Dios ha de estar por encima de todas las cosas.

Hemos de amar al prójimo como a nosotros mismos. Comportarnos como prójimo es tratar al hermano con entrañas de misericordia (Evangelio).

Los mandatos del Señor son la voz de Dios, que nos habla en lo más íntimo de nosotros mismos, en el fondo de la conciencia, en el corazón (primera lectura). No son una imposición inalcanzable, sino un don de Dios, en orden a nuestro crecimiento en el amor a Cristo Jesús, autor y guía de nuestra salvación, y en el amor a nuestros hermanos.

MARIANO ESTEBAN CARO